J. OLIVIERI

LAS INCREÍBLES AVENTURAS DE

HARRY TAGE

EN EL VALLE DE LOS SAURIOS

sm

Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Carla Balzaretti
Texto: Jacopo Olivieri
Ilustraciones: Matteo Piana
Traducción: Mercedes Corral
Título original: *Il serpente piumato*

Todos los nombres, personajes e indicios relacionados
incluidos en este libro, copyright de Atlantyca Dreamfarm s.r.l.,
son licencia exclusiva de Atlantyca S.p.A. en su versión original.
Su traducción y versiones adaptadas son propiedad de Atlantyca S.p.A.
Todos los derechos reservados.

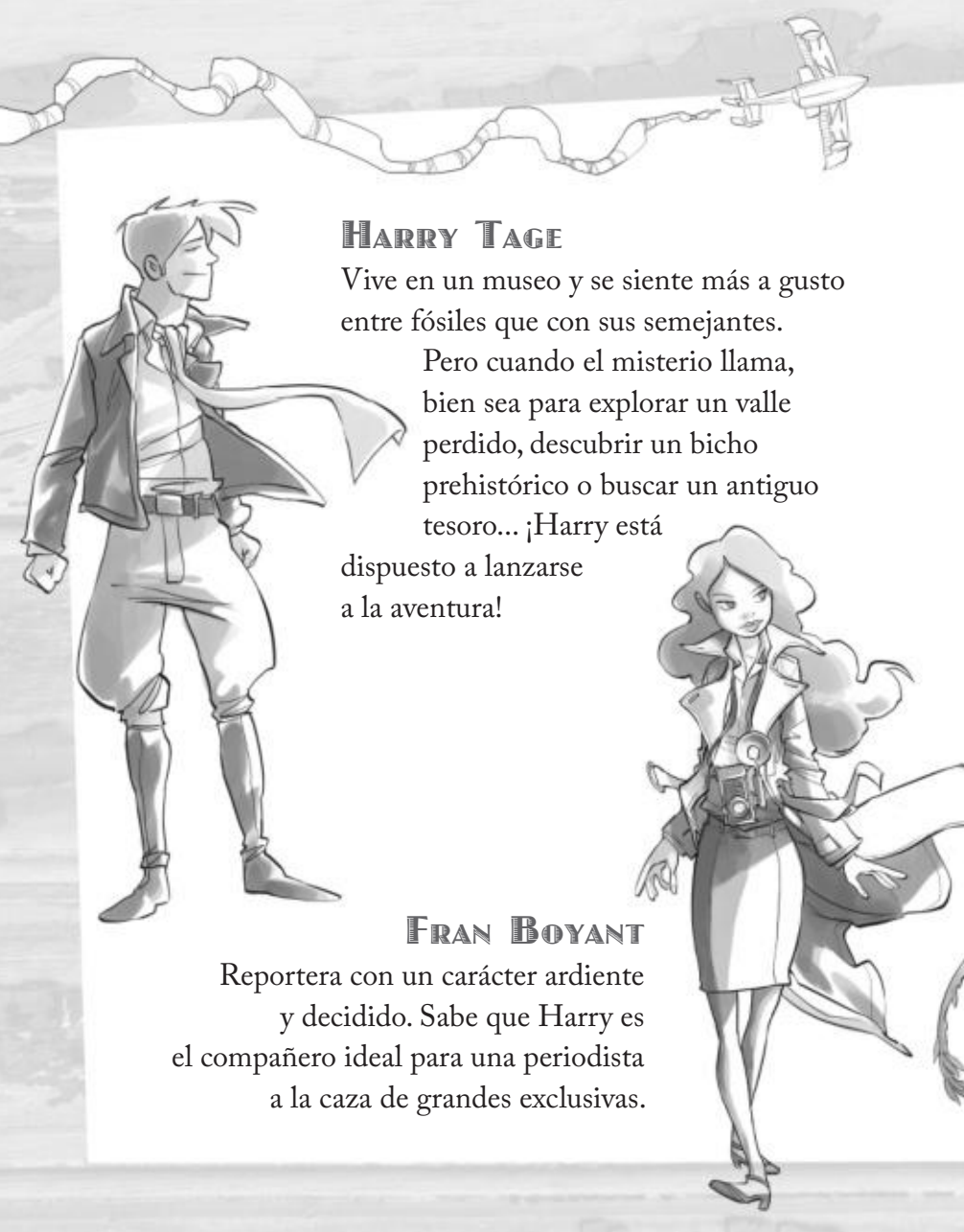
© 2012, Atlantyca Dreamfarm s.r.l., Italia.
Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A.,
via Leopardi 8 - 20123 Milán - Italia
foreignrights@atlantyca.it
www.atlantyca.com

Original edition published by Edizioni Salani (Nord-SudEditore)

© del texto en español: Ediciones SM, 2014
Impresores, 2 - Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Harry Tage

Vive en un museo y se siente más a gusto entre fósiles que con sus semejantes. Pero cuando el misterio llama, bien sea para explorar un valle perdido, descubrir un bicho prehistórico o buscar un antiguo tesoro... ¡Harry está dispuesto a lanzarse a la aventura!

Fran Boyant

Reportera con un carácter ardiente y decidido. Sabe que Harry es el compañero ideal para una periodista a la caza de grandes exclusivas.

Augustus Wilmarth

Más flaco y seco que una momia,
el rector de la Universidad de Arkhan
no pierde ocasión de reprender
a Harry por su vivacidad,
un poco descontrolada...

Winfield Peaslee

El apacible director del Miksatonic
Museum está dispuesto a proteger
las piezas de la colección
del museo y a su pupilo Harry
a toda costa... ¡o casi!

Laurasia

La mascota de Harry,
una pequeña dinosaurio
de la especie *Oviraptor*,
sigue a su querido amo
a todas partes, organizando líos...
¡o sacándole de ellos!

«Te aseguro que los feroces animales de la fauna prehistórica no están tan lejos, rigen la concepción del universo y prestan su piel viscosa a las obras de los hombres».

André Breton, *Oda a Charles Fourier*

LOS INCREÍBLES DESCUBRIMIENTOS DE HARRY TAGE

Recogidos y narrados por Jacopo Olivieri a partir de las *Memorias de juventud* del propio profesor Tage, anotadas y comentadas por él mismo, y cedidas amablemente por los archivos de la Miskatonic University de Arkham, Massachusetts.

CAPÍTULO UNO

La criatura se cernía sobre él.

Su enorme cráneo con tres cuernos lo observaba desde sus órbitas vacías. Vacías desde hacía millones de años. Sus mandíbulas inmóviles estaban abiertas en un rugido mudo, detenido en el tiempo.

¿O quizá fuera un eterno bostezo?

Harry optó por la segunda hipótesis y bostezó a su vez.

Se acababa de levantar. La luz del amanecer se filtraba por los ventanales. Harry se estiró y extendió perezosamente una mano hacia el gigantesco fósil de triceratops que tenía delante. Colgada del cuerno de la nariz como de un perchero, estaba su inseparable chaqueta de explorador, completamente manchada de barro seco.

–¡Por culpa de ese agujero que excavé ayer en busca de fósiles de peces! –masculló mientras se la ponía–. Tengo que acordarme de darle una lavada...

Después cogió la taza vacía de café que había dejado en el suelo y sus pantalones bombachos, apoyados en la mandíbula del dinosaurio.

Se los puso saltando primero sobre un pie y después sobre el otro, y pasándose la taza de una mano a otra como un malabarista. Después rodeó dos veces la cama en busca de sus botas, hasta que acabó tropezando con la cola del bicho petrificado.

De hecho, Harry dormía allí, en un colchón colocado bajo la gran caja torácica del triceratops, con las costillas de piedra haciéndole de dosel. Y ahora que el golpetazo con la cola lo había hecho caer al suelo, había encontrado también las botas: estaban apoyadas en una de las patas interiores del esqueleto, justo donde las había tirado la noche anterior, un segundo antes de quedarse dormido.

Con la taza entre los dientes, cogió las botas y se las ató, metiendo por dentro de ellas el bajo de los pantalones.

Se dio cuenta de que las manos le temblaban por la excitación. Por lo demás, había esperado ese momento durante meses y ahora no podía perder más tiempo. Aclaró rápidamente la tacita en el lavabo del pequeño

laboratorio de química, medio oculto tras una gran vitrina repleta de minerales, y después la colocó dentro de un viejo sarcófago en el que, en lugar de una momia, guardaba los platos y los vasos.

Se miró rápidamente en el escudo micénico de bronce que utilizaba como espejo y se dio por satisfecho. Estaba listo para asistir a la inauguración del congreso.

Imposible resistirse a esos pasillos recién encerados.

Nada más ver ante sí los suelos lisos y despejados del Miskatonic Museum, su hogar desde hacía ya más de cinco años, Harry no pudo por menos de lanzarse a un patinaje desenfrenado. Esquivó las esquinas y las hileras de vestigios arqueológicos, desde las ánforas griegas a las estatuas mayas, con acrobáticos giros cada vez más rápidos. Se conocía al dedillo cada metro cuadrado de aquel edificio, que había recorrido a lo largo y a lo ancho a todas las horas del día y de la noche.

–¡Buenos días, miss Kali! –exclamó dirigiéndose a la estatua de la diosa hindú, a la vez que imitaba los gestos amenazadores de sus ocho manos con su burlón saludo de cada mañana. Después se deslizó por la barandilla de unas escaleras, que crujió peligrosamente bajo su peso.

El edificio había conocido tiempos mejores, sobre todo en la segunda mitad del siglo anterior: ya habían pasado los años de los grandes descubrimientos, cuando el abuelo de Harry se había repartido entre los yacimientos de Troya, junto a Heinrich Schliemann, y las excavaciones en el Gran Zimbabue, formando parte del equipo del arqueólogo McIver.

Había sido precisamente el viejo Percival Tage quien había reunido los cientos de piezas que enriquecían la colección del museo, o, para ser más exactos, que enmohecían detrás de las polvorientas vitrinas del siglo XVIII.

El número de visitantes descendía año tras año, en parte por la Gran Depresión y en parte porque hacía siglos que en el museo no se exponía algo realmente sensacional. Según las malas lenguas, el prestigio del museo y de la universidad que lo gestionaba estaba en peligro, y los fondos escaseaban.

«Ya está todo descubierto...», gruñía desanimado el actual director, un buen hombre que, sin embargo, según Harry, no conseguiría descubrir un dinosaurio ni aunque lo tuviera delante de sus narices.

El director, obviamente, no pensaba lo mismo.

Y mientras pasaba como una bala entre las riquezas un poco ajadas del colosal museo, Harry fantaseaba con los nuevos descubrimientos y aventuras que lo aguardaban, y con la gente importante que, dentro de unas horas, acudiría al congreso. Harry estaba seguro de que, fuera de allí, el mundo escondía millones de tesoros por descubrir.

Pero, al menos por ese día, podían esperar.

Harry aceleró, torció después de la sala de las reliquias africanas y, justo cuando estaba tomando impulso entre las puertas dogón, estuvo a punto de chocarse con una figura alta y flaca que venía en dirección contraria a la suya.

–¡Cuidado! –gritó el chico, echándose bruscamente a un lado. Su patinaje sobre el suelo lustroso se transformó en un resbalón espectacular que terminó contra la gran morsa disecada que presidía solemnemente la entrada del ala de ciencias naturales.

–¡PUFF! –hizo la morsa, descargando sobre Harry una avalancha de polvo y telarañas.

CAPÍTULO DOS

La figura alta y flaca se quedó mirándolo, completamente petrificada y muda. Harry intentó recuperar el equilibrio y, al menos, un mínimo de compostura.

–Oh, joven Tage, veo que ya se ha levantado esta mañana...

–Mister Wilmarth... –se apresuró a contestar Harry–, ¡qué gusto verlo... tan temprano!

–Supongo, joven Tage, que no pretenderá presentarse en la inauguración del congreso con esa ropa de trabajo.

«Joven Tage»...

¡Cómo odiaba que le llamaran así!

Mister Wilmarth era el único que lo hacía. Era un tipo alto, delgado, con una cabellera blanca y espesa

como un matorral, y siempre tenía un aire hosco. Era el rector de la universidad de la que el museo formaba parte y de la que dependía.

Esa mañana, el rostro de mister Wilmarth estaba más severo de lo normal. Miró a Harry de arriba abajo en silencio, esperando con una ceja levantada a que acabara de sacudir bien el polvo de la gran morsa, para después suspirar con afectación.

–Ah, ¿qué habría dicho su famoso abuelo si le hubiera visto a usted en este estado?

Y dirigió una mirada abatida a la estatua de mármol que adornaba el vestíbulo: un anciano con espesos bigotes tranquilizadores y cejas arqueadas. En la cartela de debajo decía: *Percival Nimrod Tage - Arqueólogo y fundador del museo*.

–Bueno, verá, él no habría dicho casi nada... –rebatió Harry con una tímida sonrisa.

Y entonces el rector emitió un segundo y profundo suspiro.

–Bueno, de alguna manera él también era un tipo... bastante excéntrico, pero ¡con unas grandes cualidades y una gran sabiduría!

Las últimas palabras de mister Wilmarth parecieron resonar en la sala del museo como tañidos de campana, para después dispersarse con un eco áspero y afilado.

–Ejem... –balbuceó Harry, buscando las palabras más adecuadas para tranquilizar al rector, replicar o simplemente ahuecar el ala–. El caso es que estaba... estaba dándome prisa para la inauguración...

–Faltan todavía un par de horas para la inauguración del congreso de paleontología –dijo el rector, comprobando con irritante lentitud las agujas de un gran reloj de bolsillo–. Al parecer, la recepción de bienvenida comenzará en menos de una hora...

–... ¡En el vestíbulo del museo! –se anticipó Harry, excitado–. ¡Lo sé! ¡Está previsto que acudan invitados internacionales! ¡Los mejores especialistas!

A Harry le bastó recorrer mentalmente aquella lista de nombres para dejarse invadir por el entusiasmo y olvidar las miradas hoscas del rector.

–No veo la hora de conocerlos en persona. ¡He leído todos sus ensayos, los informes de sus descubrimientos, las descripciones de las nuevas especies que han sacado a la luz! ¡Y solo con que quisieran escucharme, podría confrontar mis teorías con las suyas!

Ante esas palabras, las espesas cejas blancas del rector se curvaron en una expresión hosca.

–¡Joven Tage, espero que no se le pase por la cabeza molestar a nuestros ilustres arqueólogos con sus bobadas! No niego que ha sacado unas calificaciones altísimas en el doctorado... –y aquí el tono de voz del rector bajó amenazadoramente–. Aunque no puedo excluir algunos favoritismos, en vista de quién era su abuelo...

Harry enderezó la espalda y sacó pecho, dispuesto a protestar. El rector no le hizo caso y añadió, pedante:

–¡Pero de ahí a pretender que es usted un experto, un estudioso serio, un científico..., va un trecho, muchacho! Por otra parte, me pregunto con qué título considera usted que puede asistir al congreso...

La espalda de Harry se curvó y el pecho le bajó de golpe por la desilusión. Si quería ocultarla, estaba claro que no lo había conseguido. Por otra parte, el rector Wilmarth parecía haberle tomado una cordial antipatía desde el primer día en que Harry había puesto el pie en «su» universidad.

Lo que desbloqueó la situación fue una resonante serie de pasos apresurados, acompañada de una voz agitada que se alzó desde el otro extremo del pasillo.

–¡Vamos, Augustus! ¡El chico tiene todo el derecho a asistir al congreso!

Sin perder su rígido ademán, Wilmarth se volvió hacia el hombre que correteaba para darles alcance: una figurita baja y rechoncha con la cabeza calva y colorada. Parecía todo lo contrario al austero rector.

–Señor Peaslee... –silbó entre dientes.

El otro los alcanzó, con la voz ligeramente jadeante.

–Me estaba preguntando justamente dónde se habían metido... ¿No deberíamos disponernos a recibir a nues-

tros invitados? –dijo con una sonrisa a la vez que se sacaba del bolsillo un gran pañuelo de flores, con el que se secó rápidamente la frente empapada de sudor.

–Por supuesto, Winfield, por supuesto... El joven Tage y yo estábamos hablando precisamente de eso...

–Lo supongo...

–Tú sigue saliendo en defensa de él y... dejando que se aloje en un ala de tu museo...

–Harry se aloja en la zona de los objetos no inventariados, que está cerrada al público y es poco más que un almacén.

–Un almacén bonito y grande...

–Y siempre ha estado al pie del cañón –continuó el director del museo– echándome una mano con los archivos, limpiando las piezas y realizando encargos de todo tipo. En todo caso, este no es «mi» museo... –puntualizó el señor Winfield Peaslee–. Es el museo de la ciudad de Arkham.

Sus bigotes, amplios como los de la morsa disecada que se encontraba detrás de él, temblaron de orgullo al darse cuenta de que con su última frase había acallado las quejas del rector.

Triunfante, el director del museo añadió:

–Harry es un chico brillante, un estudiante magnífico, y le preveo un exitoso futuro en sus investigaciones. ¡La verdad es que el museo le debe mucho a su familia!

–¡Eso no significa que...!

–Tal vez no signifique que, ¡pero...!

–¡Olvidas un pequeño detalle!

–¡Pero nuestro viejo amigo Percival...!

–¡Sí, pero no es motivo suficiente para...!

–Sus rarezas arqueológicas...

Harry no hizo caso de la discusión entre los dos personajes: de alguna manera, se había acostumbrado. El director y el rector se llevaban como el perro y el gato.

Cuando ya estaba claro que la discusión giraba sobre sí misma como una mosca enloquecida, mister Wilmarth interrumpió a su contrario sacando de nuevo el reloj de bolsillo.

–En cualquier caso, debo ir a ver cómo van los preparativos para el congreso. Y te aconsejo que hagas lo mismo, Peaslee.

–Esa era precisamente mi intención, Wilmarth.

–Tendremos para cuatro días, y estarán también la prensa y las autoridades. Ten bajo control a tu muchacho, y ocúpate de que esté tranquilo y no agobie a los invitados.

–¡Y tú preocúpate de que tus estudiosos no nos hagan bostezar de aburrimiento!

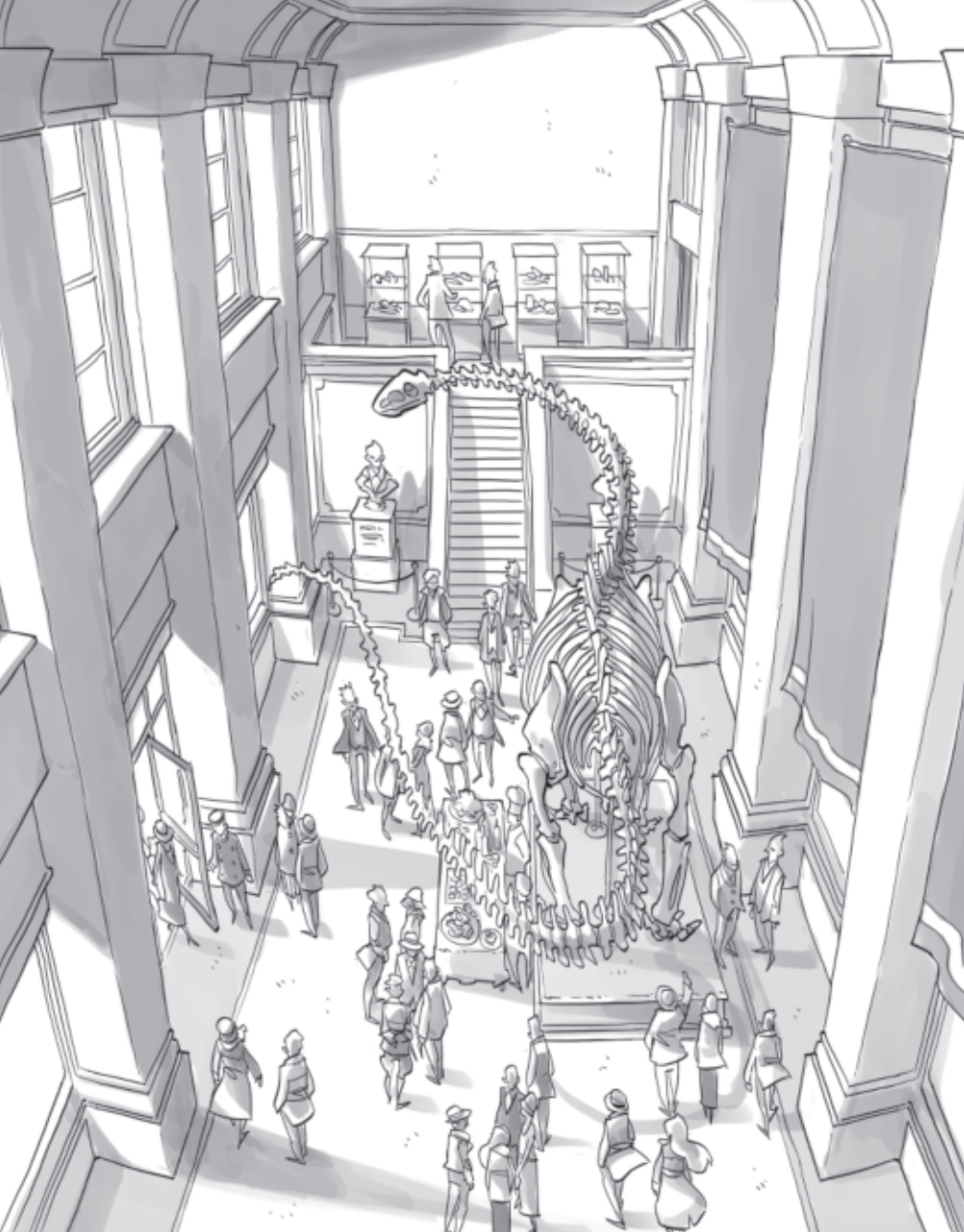
–Está en juego el prestigio de la Miskatonic University –terminaron ambos al unísono.

Después se alejaron en direcciones opuestas, con largos y rígidos pasos de cigüeña el uno y con pasitos vivaces el otro, dejando al joven Harry Tage en medio del pasillo.

CAPÍTULO TRES

A mediodía, el gran vestíbulo estaba abarrotado. Todos los invitados se agolpaban en torno al bufé, en una masa confusa de estudiosos, periodistas, profesores y camareros. La figura larguirucha de Augustus Wilmarth revoloteaba con impresionante velocidad de un convidado a otro, diciendo zalamerías y frases de bienvenida, mientras la figura achaparrada de Winfield Peaslee aparecía aquí y allá, navegando como un sumergible en aquella marea de chaqués.

Harry, apoyado en una de las columnas de mármol del vestíbulo, estudiaba a la multitud. Buscaba los rostros que había visto fotografiados en las revistas científicas y, cada vez que llegaba alguno de ellos, no podía evitar estremecerse de excitación.



«Ese debe de ser Charles Sternberg, que acaba de desenterrar un dinosaurio en Canadá... ¿Y aquel con la copa de champán? Creo que es Riggs. Sostiene que los saurópodos vivían en la tierra y no en el agua... El oriental que se está dando un atracón de canapés debe de ser Nagao. Y junto a él, humm... podría ser George Olsen, ¡el de las excavaciones en Mongolia! Y allí está Andrews, el famoso naturalista y explorador. ¡Cómo me gustaría estrecharle la mano y cruzar algunas palabras con él!».

El único al que no conseguía identificar era un militar con uniforme de gala. Se movía entre las bandejas con movimientos bruscos, y su guerrera verdosa resaltaba entre los chaqués oscuros de los otros asistentes. En su actitud había algo de baboso: de vez en cuando observaba a su alrededor y dirigía miradas de superioridad a sus colegas, mientras su mano enguantada cogía los canapés con la rapidez de un rayo. Todo ello de espaldas al bufé.

–A ese lo hemos invitado por pura cortesía.

Mister Peaslee había aparecido de repente junto a Harry, como escupido fuera de la muchedumbre. La pajarita le vibraba en el cuello a la vez que los bigotes, y en la mano llevaba un trozo de tarta.

–Sírvete un poco de tarta de nueces, hijito, antes de que te dejen sin ella –le aconsejó con su acostumbrada actitud paternal.

Harry se lo agradeció, pero estaba demasiado absorto para poder comer: se metió la tarta en uno de los bolsillos de la chaqueta y volvió a concentrarse en los rostros, imitado por Peaslee.

–¿Quién es?

–Un zendrano... –murmuró Peaslee–. El más importante de su laboratorio de investigación y desarrollo. En pocas palabras: un fanático.

Harry asintió, pensando en lo poco estimados que eran los científicos de ese minúsculo y belicoso Estado de la vieja Europa. Después carraspeó sin que se le oyera. Había otra persona en la que era imposible no fijarse, aunque solo fuera por la enorme cámara de fotos que llevaba al cuello. Pero lo que más llamó la atención de Harry fue su melena roja.